

CAPITULO II

LA DERROTA DEL LOBO

1. El sindicalismo ilusionado

Ya hemos visto que los sindicalistas de las dos 62, los "de pie" y los "leales", habían demostrado simpatía por el movimiento de junio. Antes del episodio de la corbata de Vandor, en el sindicato de Luz y Fuerza, su líder, Juan José Taccone, había presidido un homenaje al coronel Leal por su hazaña austral, acompañado por la ceñuda presencia del general Alejandro Lanusse, destacada figura del ejército *azul*.

Fracasado en su lucha por desplazar a Perón del liderazgo justicialista local, el vandorismo no tenía mucho que perder al suspenderse la legalidad constitucional. En cambio, asistía fortalecido como estructura sectorial a la nueva etapa en la que se vislumbraba la posibilidad de la reedición de la alianza con los militares "nacionalistas". Dicen Calello y Parcero (*De Vandor a Ubaldini*) que "la irrupción de un régimen militar que habría de desplazar a un gobierno asimilado cada vez más a la plataforma histórica de sus enemigos, no podía menos que despertar expectativas". Los mismos autores señalan que los golpistas integraban la fracción menos gorila de "la especie de militares que gobernaba las Fuerzas Armadas desde 1955".

El gobierno militar levantó la intervención de algunos gremios que lo estaban desde el gobierno de Illia. El dirigente ortodoxo Andrés Framini veía resolverse a su favor el conflicto interno del sindicato textil. La dirigencia sindical no podía quejarse, a tal punto que se había empezado a notar la preocupación de *La Nación*, el diario de Mitre, que veía peligrar la democracia al permitirse el accionar de la central obrera, mientras se suspendía a los partidos políticos.

Si las 62 vandoristas coincidían con las alonsistas en su apoyo expectante al gobierno, no por ello habían dejado atrás sus duras internas. Las autoridades cegetistas, de extracción vandorista, eran provisorias, y su mandato terminaba el 19 de agosto de 1966. El consejo directivo convocó, a mediados de julio, al Congreso Nacional de la central obrera, para elegir las autoridades definitivas. El secretariado debía fijar la fecha de realización. Ante la perspectiva de ser vencidos nuevamente en un congreso controlado por el vandorismo, los alonsistas buscaron la protección del gobierno. "Hace falta—decían— que ese compruebe la real representatividad de cada gremio y que se confeccionen padrones nuevos. Para las dos cosas, sólo confiamos en la responsabilidad de los funcionarios del gobierno." (*Primera Plana*, 19 de julio de 1966).

Por esos días, el flamante subsecretario de Trabajo, Juan Pedro Tamborenea, se entrevistó con el secretario general, Francisco Prado, y el secretario de Prensa de la C.G.T. Rogelio Coria.

No mucho se avanzó en la entrevista, pero, eso sí, el funcionario expresó la preocupación oficial por la presencia de marxistas del MUCS en la central obrera. La bajada de línea antiizquierdista y la restitución de los gremios intervenidos por los radicales hacen decir a Godio (*El Movimiento Obrero...*) que los sindicalistas "tendrían un lugar en el nuevo orden estatal si aceptaban las reglas del juego".

Pero las reglas del juego eran duras y "los dirigentes... fueron bruscamente sacudidos de su ensueño a fines de agosto, cuando Onganía firmó la Ley N° 16.936, que establecía el arbitraje obligatorio entre obreros y patrones." (Calello y Parceró, *óp. cit.*).

Esta prohibición de hecho del derecho de huelga se efectivizó días después, cuando fueron intervenidos, por realizar medidas de fuerza, algunos sindicatos menores.

El vandorismo, entre tanto, iba imponiéndose en su lucha por mantener el control de la C.G.T. Aliado con los independientes y los No Alineados, logró dominar el Congreso Ordinario reunido el 20 de octubre. El Consejo Directivo elegido repartía los cargos entre vandoristas y aliados, y conservaba para el lucifercista Prado, la secretaría general. Siguiendo la tradición, los alonsistas se retiraron, impugnando el congreso.

Pero las ilusiones comenzaban a marchitarse seriamente. El día anterior al congreso, el gobierno había intervenido al SUPA (portuarios), dentro de la política de "reordenamiento" del "puerto sucio" de Buenos Aires. El propio Vandor afirmaría en noviembre: "por fin se le vieron las patas a la sota"; y Lorenzo Pepe, de la Unión Ferroviaria y Amado Olmos, de Sanidad, plantearían, sin éxito, la ruptura. La Revolución Argentina estaba lejos de repetir la alianza del 45.

El líder metalúrgico, apodado "el Lobo" desde la época de su juventud, en que "arrastraba el ala" —valga la antigüedad— a una compañera de la fábrica *Philips*, a quien llamaban "Caperucita", debió prepararse para la confrontación.

2. El "reordenamiento" portuario

Los trabajadores portuarios habían realizado varias huelgas, que culminaron el 7 de setiembre con el boicot a la firma Moore-McCormack, ante la amenaza de medidas que agravaran su situación laboral.

El 7 de octubre, Onganía sancionó la Ley N° 16.972 de reordenamiento portuario, que implicaba despidos y "racionalización" del trabajo, es decir, condiciones más duras para los trabajadores. Luna dice que el de Buenos Aires era considerado "puerto sucio", debido fundamentalmente a los "privilegios" laborales que habían obtenido con el tiempo los portuarios. Otro es el punto de vista de Calello y Parceró (*De Vandor a Ubaldini*): "...detrás de los funcionarios de la dictadura militar estaban los grandes intereses de las compañías de navegación y los pulpos del comercio exterior que ambicionaban un puerto "limpio y barato", en cuyos muelles se multiplicara la productividad del trabajo, aumentando los niveles de explotación de la mano de obra".

El 18, el sindicato portuario (SUPA) declaraba la huelga. Un día después, el gobierno intervino al SUPA. Su secretario general, Eustaquio Tolosa, obtuvo el apoyo de la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte, cuyo secretario general, Hans Himhoff, amenazó con un boicot a la navegación argentina. El 3 de noviembre, los portuarios uruguayos iniciaron una huelga solidaria. Tolosa se trasladó a Londres, donde obtuvo que la FITT declarara un boicot a todos los barcos y aviones argentinos, regresando luego a Montevideo, donde se enteró de la orden de detención que le había decretado el juez Isaurralde.

El 18 de diciembre, Tolosa es capturado por la policía. Pocos días después, los portuarios, agotados, levantan la huelga. La conducción de la C.G.T., aún con la esperanza de entenderse con el gobierno, no había pasado de declaraciones más o menos amenazantes.

En enero de 1967, la Conferencia de Fletes Europa-Río de la Plata suspendió los impuestos al "puerto sucio" de Buenos Aires. En marzo del año siguiente, Tolosa era condenado a cinco años de prisión, más inhabilitación para el desempeño de funciones gremiales. Poco tiempo después sería indultado.

3. Otra "racionalización" de los ferrocarriles

Cuando Amado Olmos y Lorenzo Pepe propugnaron la ruptura sindical con el gobierno, Pepe actuaba en gran medida movido por el conflicto que vivía su propio gremio. La Revolución Argentina, que había llegado, entre otras cosas para "modernizar" el país, no podía dejar de hacerlo con el deficitario sistema ferroviario, nuestro Vietnam, al decir del ingeniero Alvaro Alsogaray.

El 2 de diciembre, Onganía firmaba los decretos de racionalización ferroviaria y su puesta en marcha fue una de las primeras medidas de Krieger Vasena, advenido ministro de Economía el 31 de diciembre. Cinco días después, la Unión Ferroviaria y la Fraternidad de los maquinistas convocaban a una huelga para el 12 de enero.

La medida de fuerza tuvo éxito, los ferrocarriles no funcionaron, pero la represión por una parte y la quiebra del frente gremial por otra, facilitaron el triunfo del gobierno.

La unidad se terminó cuando "la autoridad laboral ofreció una negociación conveniente a las capas más acomodadas del gremio, integradas por los maquinistas de la Fraternidad. El resto, 150.000 trabajadores organizados en la Unión Ferroviaria, debieron afrontar solos la lucha que objetivamente revestía un objetivo nacional, ya que el plan de racionalización apuntaba un debilitamiento de la estructura ferroviaria en aquellos puntos que no eran de interés vital para los monopolios." (Calello y Parceró, *op. cit.*).

El 22 de febrero, el gobierno congeló los fondos de la Unión Ferroviaria. El 8 de marzo fueron sancionados 116.449 agentes de la empresa.

El 17 de junio, el gobierno concedía un aumento del 15% a los trabajadores ferroviarios.

4. Tucumán. El cierre de los ingenios

En 1966, el problema de la industria azucarera, especialmente en Tucumán, era endémico. Los profesores de geografía llevaban décadas explicando a los adolescentes que la provincia no ofrecía las tierras más aptas para el cultivo de la caña, y que por ello la producción no era rentable. En efecto, la azucarera tucumana no era una industria nacida de la planificación económica, sino más bien un resultado de la historia.

A las dificultades mencionadas se habían ido sumando con el tiempo las provenientes de una clase propietaria que actuaba con la mentalidad imprevisora de sus semejantes de la pampa húmeda, gastando sus ganancias en una vida rumbosa y permitiendo el permanente deterioro y obsolescencia de sus instalaciones, como si consideraran sus beneficios como una regalía feudal y la explotación de cosechadores de caña, pequeños propietarios rurales y obreros de los ingenios, como la natural obligación de siervos feudales. No por casualidad la FOTIA, el gremio de los trabajadores de los ingenios, fue una de las más comprometidas con la transformación social del peronismo, hasta el punto de ser una adelantada del 17 de octubre del 45.

Al iniciarse el año de la Revolución Argentina la provincia estaba en pleno conflicto, con ingenios ocupados, rehenes tomados por los trabajadores y reclamos de sueldos impagos. El 26 de enero, el gobernador radical Barbieri amenazaba con renunciar, de no encontrarse solución al problema. Los señores del azúcar venían beneficiándose de los subsidios del Estado, que les permitían mantener precios de relativa competitividad, pero la situación social era caótica.

Una de las primeras apariciones públicas de Onganía, como presidente, había sido en Tucumán. Allí había sido recibido con entusiasmo por un pueblo esperanzado. "A su paso se tendían las manos, mientras la multitud coreaba: ¡para siempre! ¡Para siempre!", según relata *Azul y Blanco* (21 de julio de 1966), que agrega, con alegría: "que el recibimiento... fue superior al que esta ciudad tributó a Perón, otro 9 de julio, cuando su declaración de la 'independencia económica'. El periódico nacionalista agregaba ilusionado que el homenaje rendido allí a Onganía "expresa un vuelco decisivo de la opinión popular y virtualmente equivale a la muerte política de Perón".

Por los mismos días, *Primera Plana* comentaba la crisis azucarera (N° 187, 26 de julio de 1966). Los cañeros llevaban varios meses de *lock out* y los ingenios tucumanos molían la escasa caña que tenían almacenada. Este no era el caso de las fábricas de Salta y Jujuy, que contaban con sus propios campos de producción. El ambiente estaba caldeado por los precios y cupos fijados por el gobierno y en los surcos se producían incendios de dudosa espontaneidad.

El 21 de agosto, el ministro Salimei anunció una nueva política para la provincia de Tucumán, donde "la espada de la Revolución será usada siempre que sea necesaria para cortar de una vez por todas las viejas ataduras de intereses antinacionales." (Citado por Gerardo Bra, *El gobierno de Onganía*). La espada se usaba para degollar doce de los treinta y siete ingenios tucumanos.

Robesto Roth (*Los años...*), que ocupaba la secretaría Legal y Técnica de la presidencia, cuenta la preocupación del Poder Ejecutivo por saber si tenía derecho a intervenir empresas privadas, remover a sus directorios y sustituirlos por funcionarios. No hubo, en cambio, preocupaciones manifiestas por el destino inmediato de los trabajadores que quedarían en la calle, hasta que, en las calendas griegas, se produjera la aparición de nuevas industrias y nuevos cultivos.

Salimei se preocupó en asegurar la espectacularidad de la noticia. Cuenta Roth que decía: "esta ley la tenemos que anunciar a las siete de la tarde, simultáneamente en Buenos Aires y Tucumán". (*op. cit.*), mientras aguardaba impaciente la revisión del texto por la secretaría "Legal y Técnica".

El autor comenta, más adelante, que la medida cometía arbitrariedades en la selección de los establecimientos a cerrar. "Si era por obsolescencia, había plantas obsoletas, pero también se intervenían fábricas con maquinaria moderna; si era por estado financiero, ninguna de las intervenidas descollaba por su prosperidad, pero había firmas con pasivos más alarmantes que habían escapado a la medida".

Salimei no ganó prestigio con la medida y fue sospechado de seleccionar de acuerdo a sus intereses como empresario privado.

Sin tantas sutilezas, los trabajadores sufrieron las consecuencias. La FOTIA inició de inmediato la resistencia, y padeció el inmediato congelamiento de sus fondos y, más adelante, la suspensión de su personería gremial.

No se agotó ahí la represión. Ante una marcha de protesta de los trabajadores, la policía trataría de detenerlos a tiros, y cometió el asesinato de Hilda Guerrero de Molina (12 de enero de 1967). La simbólica escena sería inmortalizada varios años, y otras duras represiones después, por Gerardo Vallejo en la película *El rigor del destino*. Rigor que se manifestaría en el éxodo de más de un cuarto de millón de tucumanos, expulsados por el hambre del otrora "Jardín de la República".

5. Huelga general y represión

En noviembre de 1966, Onganía anunció el programa económico de la Revolución Argentina. Si bien habría que esperar hasta marzo para conocer el verdadero Plan, los anuncios del presidente priorizaban la modernización de la economía, la reducción del déficit fiscal, la obtención de precios competitivos y el establecimiento de precios internos y salarios suficientemente bajos. Eso se sumaba a los gremios intervenidos, la racionalización ferroviaria, la "limpieza" del puerto y la desocupación en Tucumán, para mostrar "las patas de la sota". Estaba muy lejos la firma del convenio metalúrgico en la Casa Rosada, que en setiembre hiciera fruncir el ceño al diario *La Nación*.

El 14 de noviembre se realizó el primer paro de la C.G.T. contra el gobierno de Onganía. El cese de actividades fue total en el ámbito fabril y alto en el comercio y los servicios. Sin embargo, los sindicalistas estaban lejos de buscar una ruptura, y pocos días después un documento cegetista hablaba de la "voluntad de los trabajadores de participar en la nueva instancia abierta por la Revolución Argentina", aunque reclamaban la solución de los problemas de desocupación y salarios. Al llegar al ministerio de Economía Krieger Vasena, el vanderismo, que no se resignaba, empezó a cuestionar el Plan, pero desde "adentro", aunque algunos dirigentes eran más críticos. Framini había dicho en enero que 1966 había sido un año muy triste y 1967 no pintaba mejor. Otros, en tanto, lograban una mejor relación con el poder. Luz y Fuerza, después de amenazar con medidas de fuerza, obtuvo un aumento del 30%, como antesala de lo que sería el alineamiento del gremio en el "participacionismo".

El 3 de febrero, el Comité Central Confederal de la C.G.T. decidió implementar un Plan de Lucha para debilitar al poderoso ministro de Economía y modificar el rumbo elegido, hacía una dirección nacionalista-desarrollista. El 1° de marzo se realizaría una huelga general de 24 horas y, de no obtenerse resultados, el 10 la seguiría otra de 48 horas.

Todavía podía creerse en un entendimiento, ya que había un sector no liberal en el gobierno. La presencia de Rubens San Sebastián en Trabajo daba una falsa impresión de dialoguismo. No sería muy dialoguista la reacción oficial ante el plan de lucha. El 10 de febrero, la Policía Federal denunció la existencia de un "plan terrorista". Cuatro días después el gobierno anunciaba su ruptura de relaciones con la C.G.T. "La resolución adoptada por la C.G.T. afecta la seguridad nacional al pretender subvertir el orden interno, en donde la lucha de sectores se disputan la conducción del movimiento obrero. Por ello se ha resuelto interrumpir toda clase de diálogo con las autoridades de la C.G.T.". (Gerardo Bra, *El gobierno de Onganía*). El 22 fueron congeladas las cuentas de la FOTIA y la UF y el 27 se anuncia que los empleados públicos que paren serán cesanteados. En este marco ominoso, el 1° se realiza el paro, que es total en la industria, alto en transportes y servicios y sufre el boicot de los petroleros y de la UOCRA. La represión se inicia de inmediato. Son retiradas las personerías de la FOTIA, FOETRA (Capital) y la UOM. Se suspende la Ley N° 14.250, hasta el 31 de diciembre de 1968 y se reducen viejos beneficios sociales a empleados públicos, lucifueristas y ferroviarios.

A la represión oficial se une la represión patronal. El plan fue levantado —nadie iba a parar el 10 de marzo— y Luz y Fuerza abrió la ofensiva para "buscar un tipo de acuerdo". La derrota del 1° de marzo iniciaría un período de parálisis reivindicativa del movimiento obrero.

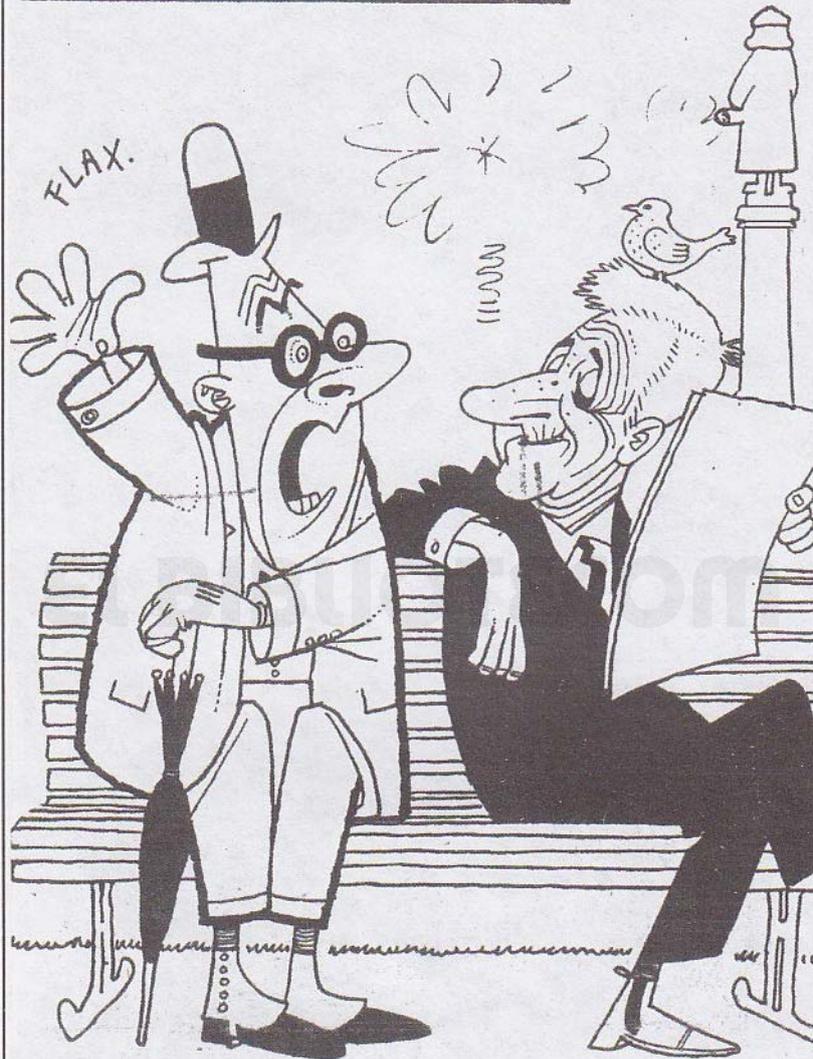
El 1° de mayo, Día de los Trabajadores, se optaría por una "ofensiva verbal", mientras avanzaba el reagrupamiento de los sindicatos. Los petroleros de Cavalli, la UOCRA de Coria, Luz y Fuerza y otros crearían la "Nueva corriente de opinión", para aportar el flanco obrero al régimen. Muchos de estos sindicatos habían "arreglado"; otros, al estar vinculados a las obras públicas, serían poco afectados por la pérdida de fuentes de trabajo.

El vanderismo, que ahora quedaba a la izquierda de los participacionistas, tendría que pasar de su clásica táctica de "presionar para negociar" a "negociar como sea" (Calello y Parcero, *De Vander...*).

A su vez, los trabajadores "también se reagruparon en la última línea de defensa, que ya no era la del mantenimiento del nivel salarial, sino la defensa del empleo." (Calello y Parcero).

EL BIBLIOTE.COM

Diálogo en la plaza Colón



El señor de la galera: —¡Hay huelga de maestros, de alumnos y de carniceros; el asunto del petróleo no se arregla; se proyectan planes y no los ponen en marcha; Perón amenaza con la vuelta; los...
El señor de la paloma: —¡Qué barbaridad! ¿Dónde pasa eso, m'hijo?

“El señor de la paloma”, por Flax, 7 de octubre de 1964.



Miguel L. Fitz Gerald, el piloto que voló a las Malvinas, 8 de setiembre de 1964.



Plan de lucha de la CGT, en 1965.



Paulino Niembro muestra los golpes. julio de 1965.